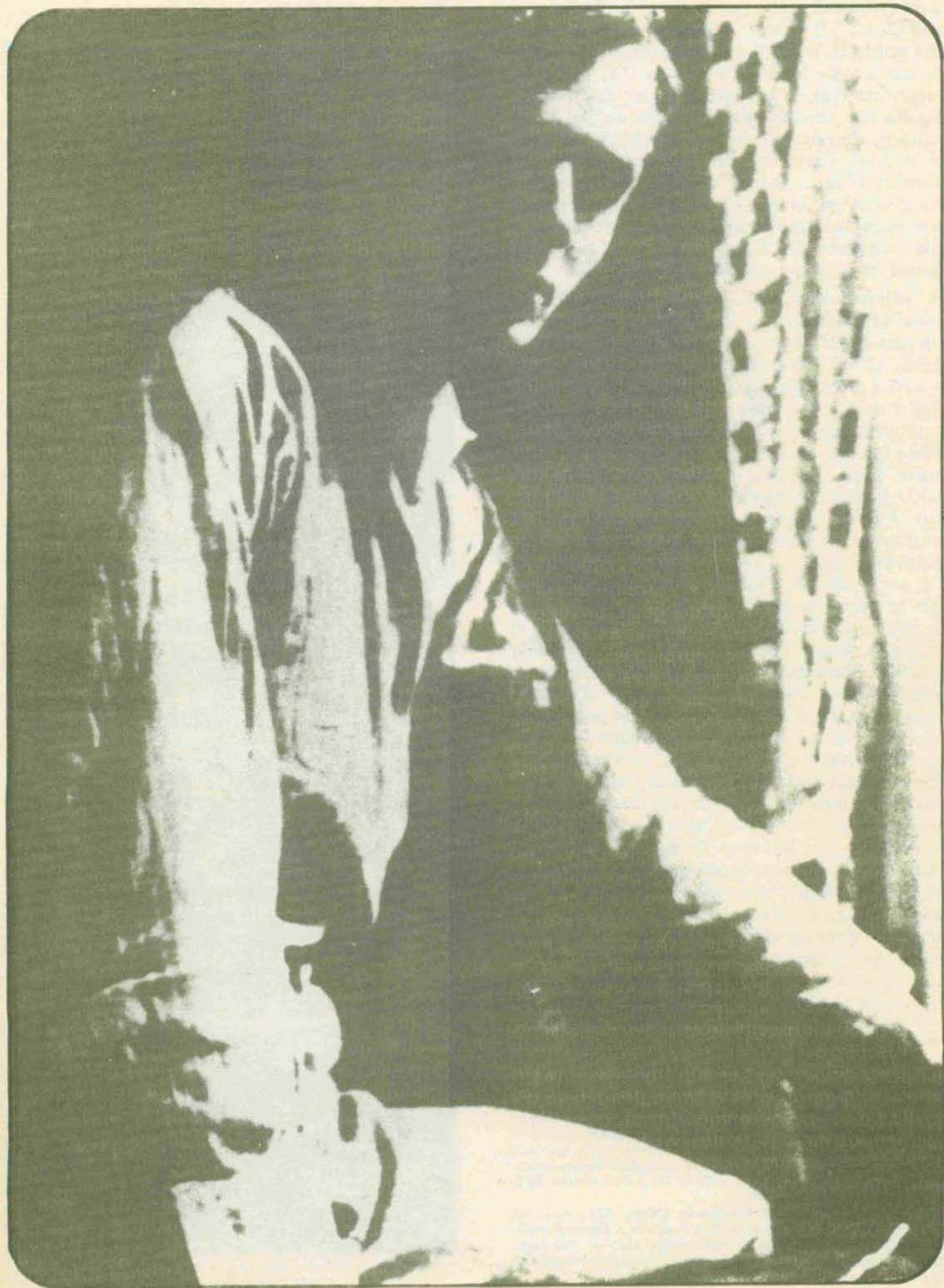




Stephen Spender:

De la guerra española a la revista "Encounter"

Joaquín Rábago

¿QUIÉN iba a imaginarse que uno de los jóvenes poetas británicos que pusieron su pluma al servicio de la causa republicana durante nuestra guerra civil, llegaría a dirigir, en la década de los cincuenta, una revista secretamente financiada con fondos de la CIA? Eso es, sin embargo, lo que ocurrió con Stephen Spender. El mismo lo cuenta en un libro aparecido el año pasado en Inglaterra con el título de «*The Thirties and after*» (Los treinta y después) (1).

(1) *The thirties and after: Poetry, Politics People 1933-75*. Fontana/Collins, 1978.

LOS treinta fueron en Europa años difíciles. Tras la gran depresión, el paro obrero alcanza una y otra vez niveles alarmantes. La economía está por los suelos, y el Estado ha de intervenir en su ayuda. En todas partes crece el nacionalismo. Sólo el rearme mantiene en movimiento la máquina social. El arte —fiel termómetro— refleja esa situación general de crisis, de inminente catástrofe. Es el expresionismo en Centroeuropa. Son, en Gran Bretaña e Irlanda, las visiones apocalípticas de un Yeats o de un Eliot. El barco de Occidente se hunde sin remedio, y como quiera que, en su incorregible etnocentrismo, los europeos identifican su continente con la civilización, todos presagian el próximo advenimiento de una nueva barbarie.

Para los Eliot, Woolf, Lawrence, Huxley, E. M. Foster, el arte no tiene nada que ver con la política, ni siquiera con lo social, sino que pertenece esencialmente a la esfera de los valores privados. Todos estos autores, que coinciden prácticamente con el llamado grupo de Bloomsbury, se han rebelado contra el socialismo más o menos utópico de sus inmediatos predecesores, los novelistas georgianos: *Shaw, Wells, Bennett...*

¿Podría considerárselos como reaccionarios? Es cierto que Eliot y Yeats tienen en común un



El autor de *La Tierra baldía* describiría el mundo moderno como «agusanado por el liberalismo»... Pese a todo, su reaccionarismo es más bien un talante que una actitud política. Eliot despreciaba el fascismo por su vaciedad intelectual. (T. S. Eliot).



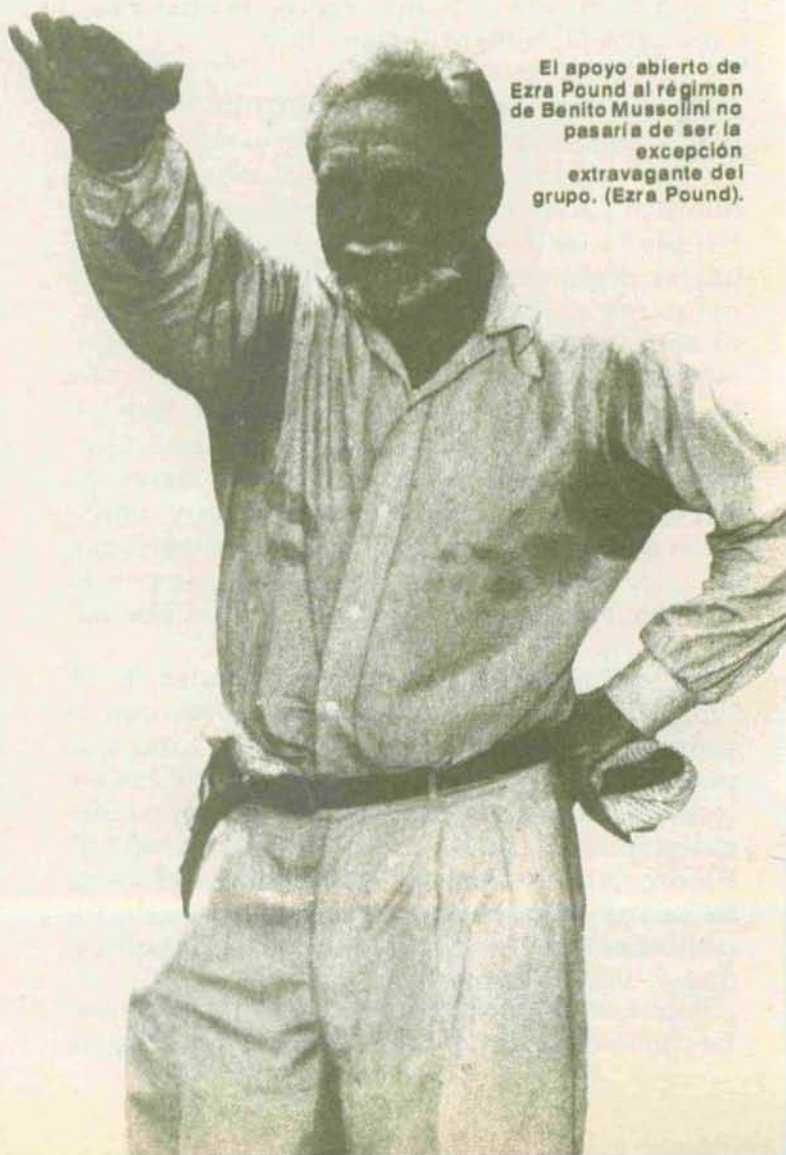
También en Yeats, como ha señalado Spender, el fascismo es más bien una excrecencia. Las opiniones políticas del poeta irlandés son intentos de racionalizar las intuiciones de su imaginación. (W. B. Yeats).

profundo desprecio por las ideas liberales de progreso y democracia. El autor de **La Tierra baldía** describiría el mundo moderno como «agusanado por el liberalismo». Son medievistas y románticos que miran con nostalgia hacia atrás: hacia un sistema de valores y un orden jerárquico, básicamente pre-capitalistas.

Resulta, por ejemplo, significativa la polémica de Eliot con Karl Mannheim en la que el primero defendería a las clases tradicionales frente a las modernas élites, y en especial a la clase alta, pues a ésta correspondía la función de preservar y transmitir la cultura.

Pese a todo, el reaccionarismo de esos autores es más bien un talante que una actitud política. Eliot despreciaba el fascismo no por su vaciedad intelectual. Admiraba, eso sí, el integrismo nacionalista de Charles Maurras, el fundador de «L'Action Française».

También en Yeats, como ha señalado Spender, el fascismo es más bien una excrecencia. Las opiniones políticas del poeta irlandés son intentos de racionalizar las intuiciones de su imaginación. Y si, en el fondo, Yeats y Eliot parecen saludar la llegada del fascismo es porque ven en sus representantes a unos potenciales mercenarios dispuestos a defender una civilización de la que ellos, los artistas, se consideraban líderes espirituales. El apoyo abierto de Ezra Pound al régimen de Benito



El apoyo abierto de Ezra Pound al régimen de Benito Mussolini no pasaría de ser la excepción extravagante del grupo. (Ezra Pound).



Para los Eliot, Woolf, Lawrence, Huxley, Foster, el arte no tiene nada que ver con la política, ni siquiera con lo social, sino que pertenece esencialmente a la esfera de los valores privados. (Virginia Woolf).

Mussolini no pasaría de ser la excepción extravagante.

Contra ese reaccionarismo más o menos camuflado de apoliticismo liberal iba a rebelarse un grupo de jóvenes poetas capitaneados por W. H. Auden. Un grupo que en realidad nunca fue tal, porque sus componentes —los MacNeice, Cornford, Spender y otros— no firmaron ningún manifiesto ni hicieron prácticamente nada en común. Lo único que en realidad los unía era su antifascismo. Procedentes de la clase media, habían estudiado en Oxford o Cambridge y despreciaban el caduco imperio británico tanto cuanto admiraban la revolución bolchevique. Educados en una atmósfera liberal, aborrecían a quienes habla-



Contra ese reaccionarismo más o menos camuflado de apoliticismo liberal iba a rebelarse un grupo de jóvenes poetas capitaneados por W. H. Auden. (En la fotografía).

ban de democracia y, sin embargo, no estaban dispuestos a denunciar a Hitler ni a apoyar a la amenazada República española.

Nuestra guerra civil fue, una gran piedra de toque para los intelectuales británicos e irlandeses como lo fue para los de otros muchos países. Hugh Thomas cita (2) una encuesta realizada por la «Left Review» en 1937 entre escritores que vivían en el Reino Unido y cuyo resultado fue que sólo cinco de los entrevistados estaban a favor de los franquistas —entre ellos, Evelyn Waugh—, dieciséis se declararon neutrales —T.S. Eliot, Ezra Pound, H. G. Wells, Victoria Sackville West, etc.—, mientras que la inmensa mayoría —más de 100—

(2) *The Spanish Civil War*. Penguin, 1971, pág. 291.



Pero a los españoles tampoco les gustaba que los periódicos trataran de convertirlos en héroes. «Mi impresión es que los soldados en la guerra tienen una necesidad casi patética de conocer la verdad». (Escena de la guerra civil española).

se manifestaron con distintos grados de entusiasmo a favor del gobierno republicano. Entre estos últimos estaban Beckett, Sean O'Casey, Ford Madox Ford, Havelock Ellis, Aldous Huxley, y, naturalmente, los Auden, Spender y Louis MacNeice.

Cuando, al cabo de los años, recuerda Spender aquel compromiso político, no oculta sus vacilaciones. No todos se tomaron la lucha contra el fascismo con la misma seriedad y pasión que John Cornford y Julian Bell, quienes dejaron incluso sus vidas en el campo de batalla. El fascismo, argumenta ahora el poeta, dio al antifascismo una semblanza de unidad; Hitler parecía tan negro que cuantos estaban frente a él resultaban, por comparación, de un gris pálido a lo sumo.

Sin embargo, ya entonces tuvo Spender sus dudas, que trató de justificar en la famosa carta en la que anunció públicamente su ingreso en el Partido Comunista británico. Carta escrita tras su visita a varios territorios fronterizos con la España en guerra y de la que ahora se confiesa «totalmente avergonzado». En ella, Spender se defiende de las acusaciones de un crítico comunista que le reprochaba que en su libro **Forward from Liberalism** hubiese manifestado ciertos recelos sobre los procesos de Moscú. En el momento de redactar su libro, escribe Spender en su carta, no tenía pruebas suficientes de que hubiera un complot en marcha contra la Unión Soviética. Ahora, sin embargo, estaba convencido. Pese a todo, para despejar cualquier ambigüedad,



Al poco tiempo de estar en España, Spender participaría en el Segundo Congreso de Escritores Antifascistas, que, como sabemos, se inauguró en Valencia, se trasladó posteriormente a Madrid y se clausuró definitivamente en París. (Durante la Clausura del Congreso, en la Sala Gaveau de París, de izquierda a derecha: Malraux, Madariaga, Denis de Rougemont, Faulkner y Auden).



Este Congreso iba a servir, entre otras cosas, para condenar el polémico libro que André Gide —en la imagen— acababa de publicar a la vuelta de su viaje oficial a la Unión Soviética y que se titulaba sencillamente «Retour de L'URSS». De él diría Koltsov que estaba plagado de «calumnias contra la Unión Soviética» y que «no en vano lo habían reproducido en una serie de números del «Diario de Burgos».

manifestaba su voluntad de ingresar en el Partido Comunista antes de viajar a Valencia para hacer propaganda radiofónica antifascista desde la emisora de la UGT. Su carta no debió de convencer demasiado a los dirigentes comunistas, y su paso por el partido no pudo ser más breve.

Ya en las primeras crónicas que envió desde España, Spender criticaría ciertos aspectos de la leyenda tejida en torno a las Brigadas internacionales, cuyo papel muchos corresponsales exageraban en desdoro de los soldados españoles. La propaganda falta de tacto que se hacía de las Brigadas podía resultar humillante para aquéllos. Además, falseaba la realidad.

Así, en la batalla de Morata, él mismo había podido comprobar que los españoles del batallón Lister ocupaban posiciones mucho más avanzadas que los miembros de las Brigadas. A pesar de lo cual, casi toda la gloria fue para los extranjeros. Algo parecido ocurrió en Guadalajara con los italianos del batallón Garibaldi. Pero a los españoles tampoco les gustaba que los periódicos trataran de convertirlos en héroes. Mi impresión es que los soldados en la guerra tienen una necesidad casi patética de conocer la verdad.

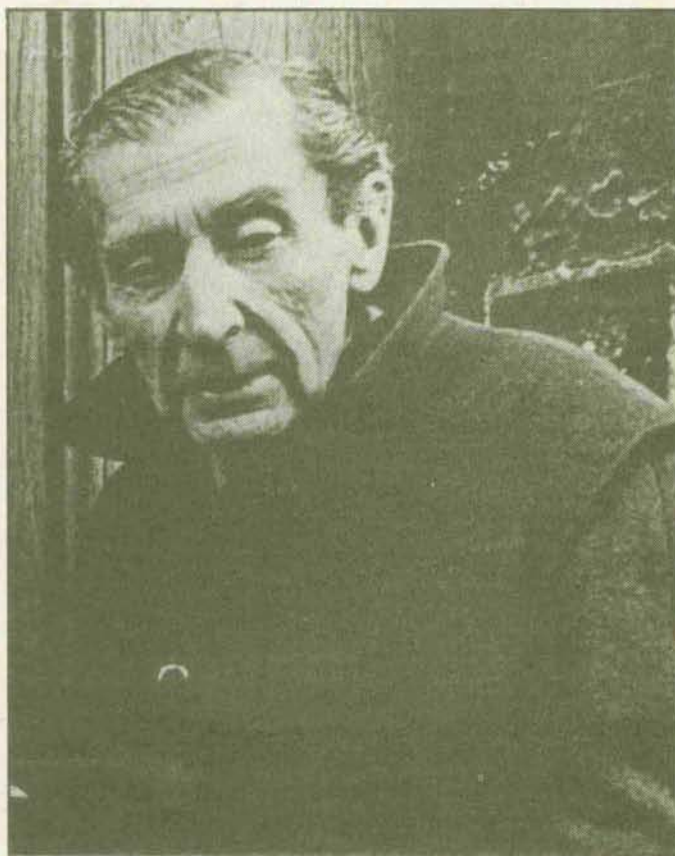
Al poco tiempo de estar en España, Spender participaría en el **Segundo Congreso de Escritores Antifascistas**, que, como sabemos, se inauguró en Valencia, se trasladó posteriormente a Madrid y se clausuró definitivamente en París. Este Congreso iba a servir, entre otras cosas, para condenar el polémico libro



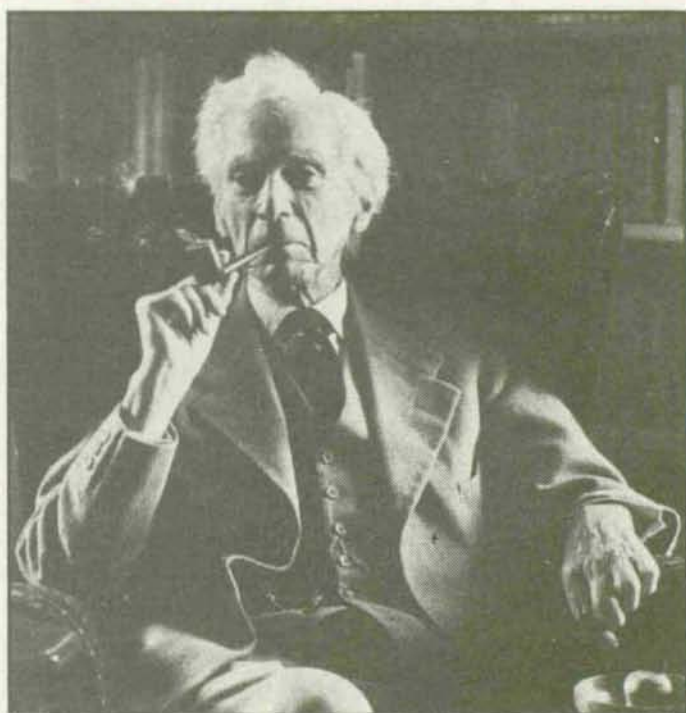
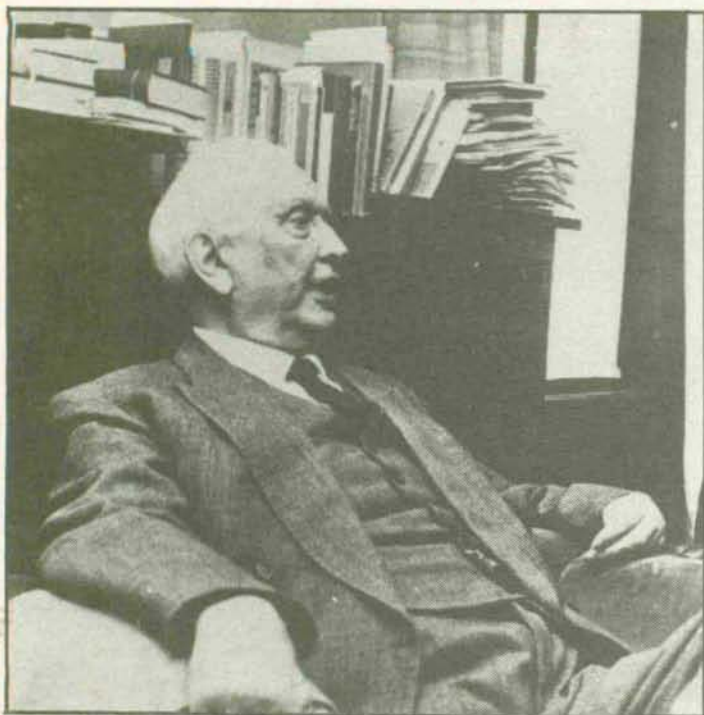
Según parece, el propio Stalin había presionado cerca de Alberti —en la foto— y de María Teresa León, cuando la pareja fue a Moscú a preparar el Congreso, para que se excluyera a Gide a cambio de la presencia en el mismo de los escritores soviéticos.

que André Gide acababa de publicar a la vuelta de su viaje oficial a la Unión Soviética y que se titulaba sencillamente: **Retour de l'URSS**. De él diría el corresponsal de Pravda, Mijail Koltsov (3) que estaba plagado de «calumnias contra la Unión Soviética» y que «no

(3) **Diario de la guerra española**. Traducción de José Fernández Sánchez. Akal, 1978.



«Bergamín (en la imagen) sabe lo que son la tragedia y el horror de la guerra: sabe también las mentiras que engendra la guerra, y, sin embargo, su inteligencia, parece atravesar todos esos obstáculos hasta conducirlo a una posición en la que él se siente absolutamente seguro, en la que acepta la tragedia y el horror, relaciona las mentiras con las fuerzas que las hacen inevitables.



También en los años cincuenta se produjo la vinculación de Spender al recién fundado Congreso para la Libertad Cultural, que iba a ofrecerle la codirección de una publicación de carácter mensual titulada «Encounter». De este Congreso eran miembros de honor filósofos y pensadores tan prestigiosos como Karl Jaspers (a la izquierda), y Bertrand Russell (a la derecha).

en vano lo habían reproducido en una serie de números del Diario de Burgos».

Según parece, el propio Stalin había presionado cerca de Alberti y de María Teresa León, cuando la pareja fue a Moscú a preparar el Congreso, para que se excluyera a Gide a cambio de la presencia en el mismo de los escritores soviéticos.

En sus «Notas sobre el Congreso», incluidas en **The Thirties...**, Spender se refiere también al libro de Gide y afirma que el único que tenía derecho a criticarlo era el presidente de la Alianza española, José Bergamín: «Bergamín sabe lo que son la tragedia y el horror de la guerra: sabe también las mentiras que engendra la guerra, y, sin embargo, su inteligencia parece atravesar todos esos obstáculos hasta conducirlo a una posición en la que él se siente absolutamente seguro, en la que acepta la tragedia y el horror, relaciona las mentiras con las fuerzas que las hacen inevitables. En una palabra, él era el único miembro de nuestro Congreso que tenía derecho a censurar a Gide, porque no se siente ofendido por lo que en Gide hay de honrado (como les ocurre a tantos de sus detractores), porque él, Bergamín, tiene una inteligencia aún más honrada, una inteligencia que no se queda en la verdad de los hechos aislados que Gide pudo observar en la URSS, sino que llega a la verdad más importante del efecto que puede tener el libro de Gide».

Sin embargo, al pasar por París, a su regreso a Londres, Spender dejaría una nota al autor de **Retour de l'URSS**, manifestándole su apoyo

por haber dicho la verdad sobre lo que había visto en Rusia. Luego contaría a Auden lo que había hecho y obtendría de éste la siguiente respuesta: «Has hecho bien. La exigencia no puede ser jamás una excusa para no decir la verdad». Aquella conversación, explica Spender, marcaría un cambio radical en su actitud hacia la política.

Acabado el conflicto español con la derrota de la República, vendría la Segunda Guerra Mundial, durante la cual Spender no sólo trabajaría en el servicio de bomberos británico, sino que dirigiría también una revista literaria, **Horizon**, que él mismo calificaría después de «una pequeña isla de civilización rodeada de iglesias en llamas».

En 1947, el poeta fue a enseñar a los Estados Unidos. Y allí se convertiría rápidamente a la democracia norteamericana, tan duramente puesta a prueba por el maccarthismo.

Los años cincuenta son calificados por Spender como los años «anti» por excelencia. Con ironía se refiere a los «angry young men» —a los «jóvenes airados»— que decidieron rebelarse contra todo lo que tenía algo que ver con el odiado «establishment», y que, cuando alcanzaron el éxito teatral y literario, no tuvieron más remedio que volverse contra los mismos críticos que los habían ayudado a triunfar.

Los años cincuenta fueron también un período negativo para Spender, un período básicamente ocupado por el anticomunismo, hecho que —se apresura a explicarnos— no necesita apología. Pese a lo cual, inmediatamente nos ofrece una especie de justificación: Al comen-

zar la guerra civil española, había visto en los comunistas a defensores de la libertad frente a los fascistas. Pero conforme se desarrollaba el conflicto, fue dándose cuenta de que la unificación de todos los partidos antifascistas en España, que propugnaron los comunistas, era en realidad el paso previo a la definitiva unificación bajo el liderazgo único del PCE.

En realidad, él nunca había sido un comunista, sino que había intentado autoconvencerse de que lo era. Claro que eso podía decirse igualmente de los otros autores que habían contribuido al volumen colectivo **The God that failed**: Gide, Koestler, Silone, Louis Fischer o Richard Wright, contando sus experiencias negativas con el comunismo. Todos ellos eran en el fondo incorregibles individualistas que habían intentado engañarse a sí mismos.

También durante esa década se produciría la vinculación de Spender al recién fundado **Congreso para la Libertad Cultural**, que iba a ofrecerle la co-dirección, junto al norteamericano Irving Kristol, de una publicación de carácter mensual titulada **Encounter**. El Congreso, entre cuyos miembros de honor figuraban filósofos y pensadores tan prestigiosos como Benedetto Croce, Karl Jaspers, Jacques Maritain, Bertrand Russell, Madariaga, etc., editaba, además de **Encounter**, otras dos revistas, **Preuves**, publicada en París, y la italiana **Tempo Presente**, dirigida por Ignazio Silone y Nicola Chiaromonte. La citada organización tenía su cuartel general en París y desde allí, según reconoce hoy Spender, se les daba continuamente «ideas» sobre artículos que podían incluir en **Encounter**. Los trabajos políticos eran, sin embargo, de la responsabilidad exclusiva de la parte americana.

Por más protestas que hace Spender en su libro sobre la independencia de **Encounter** —él asegura haber sabido resistir en todo momento las presiones de París—, la cosa no queda en absoluto clara. El Congreso estaba, en efecto, financiado por cincuenta fundaciones estadounidenses. Una de ellas, la Fairfield, era propiedad de un multimillonario de Cincinnati llamado Fleischmann, quien en un viaje en yate por el Egeo se ufanó, ante el poeta británico, de ser el único mecenas del Congreso.

Luego correrían rumores de que la citada fundación Fairfield era simplemente un canal por el que circulaban los fondos de la CIA. Spender pidió entonces explicaciones a Fleischmann, quien negó la veracidad de tales acusaciones. Pero en 1966, la revista de izquierda norteamericana **Ramparts** reveló que no sólo la

Fairfield sino otras muchas fundaciones servían para canalizar los fondos con que la CIA financiaba secretamente el Congreso. En vista del escándalo que se organizó, Spender decidió entonces dimitir definitivamente.

En este caso, sin embargo, el poeta no parece haber experimentado ese sentimiento de «absoluta vergüenza» que confiesa en el mismo libro a propósito de su carta de adhesión al Partido Comunista británico. Esta vez, todo son justificaciones: «Hay quienes me dijeron que, puesto que teníamos libertad para publicar cuanto queríamos en una excelente revista que no incluía ningún material con el que no estábamos de acuerdo, no debía importarnos quién lo financiase». Su protesta de que sí importaba en el fondo parece, en cualquier caso, demasiado débil. Al menos, por contraste. ■ J. R.

Stephen Spender nació en Londres en 1909. Estudió en Oxford, como Auden y otros autores políticamente comprometidos de los años treinta. Periodista —codirigió **Horizon** y más tarde **Encounter**—, Spender es autor de varios libros de poemas: **Twenty Poems** (1930),



«La exigencia no puede ser jamás una excusa para no decir la verdad». Estas palabras de Auden, explica Spender, marcarían un cambio radical en su actitud hacia la política. (Stephen Spender).

Vienna (1933), **Poems from Spain** (1939), **The Still Centre** (1939), **Ruins and Visions** (1942), **Poems of Dedication** (1946), **The Edge of Neing** (1949); de dramas como **Trial of a Judge** (1938); libros autobiográficos: **European Witness** (1946), **World within a world** (1951) y **The thirties and after** (1978); ensayos: **The Destructive Element** (1935), **Shelley** (1952), **The Creative Element** (1953), **Eliot** (1975). Son igualmente notables sus traducciones de Rilke y García Lorca, entre otros. El rechazo que muestra Spender hacia el reaccionarismo de Eliot y otros miembros de su generación no le impide, sin embargo, admirar su tremendo talento poético. Prueba de ello son los diferentes ensayos que les dedicó.